

VÍCTOR CONDE  
GUILLEM SÁNCHEZ

# HORIZONTE DE ESTRELLAS

minotauro

VÍCTOR CONDE  
GUILLEM SÁNCHEZ

# HORIZONTE DE ESTRELLAS

minotauro

*Horizonte de estrellas*

© Víctor Conde, 2022  
© Guillem Sánchez, 2022

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1232-1  
Depósito legal: B. 11.991-2022  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

# 1 TRES COMIENZOS

La sensación era como de flotar en un medio frío y acuoso.

La temperatura en descenso; la gravedad, una noción. Soleyko estaba sumergida en un líquido frío, rodeada de oscuridad por todas partes. Bueno, no: había un leve resplandor allá arriba, encima de su cabeza, semejante a una luz de estrellas reflectándose en la superficie de un lago. Hacia allí quiso ir, en esa dirección movió los brazos.

No recordaba cómo había llegado a aquel lugar. Estaba confusa y tenía una serie de recuerdos en cola, esperando por alcanzar su cerebro, pero ninguno de ellos le decía nada concreto. Lo último que recordaba, la última imagen que retenía de sí misma y que sabía —intuía— que era real, era una de ella desnudándose en la cámara de intercambio, vistiéndose con el traje de hibernación y metiéndose en una cápsula. Las risas y los chistes nerviosos de última hora de sus compañeros. El tictac de la cuenta regresiva, inexorable, que les marcaba un tiempo límite para que se metieran en las cunas de sueño, para pasar allí el resto del viaje.

Dormir. Tal vez soñar. Los viajes extrasolares exigían esa pirueta tecnológica. No era como recorrer distancias dentro de cualquier sistema planetario, donde las naves podían recurrir a hechizos tecnológicos como el salto Voight, que les permitían recorrer distancias inmensas de un solo golpe. Fuera del alcance gravitatorio de la estrella, esa tecnología era inservible. Los ingenieros que la inventaron sabrían por qué. Había que recurrir a los viajes a la antigua: varias décimas por debajo de la velocidad de la luz, en la franja en la que todavía no hay compresión temporal, gastando meses y años para salvar el titánico espacio vacío hasta el siguiente sol. No todo el camino se hacía a velocidad sublumínica, por supuesto, sino usando los túneles cuánticos estables que las antiguas razas habían sembrado por la galaxia, pero la entrada a esos túneles quedaba muy lejos de la Tierra. Y podían pasar años hasta que una nave la alcanzara. Las máquinas lo soportaban bien, los humanos no. Por eso había que dormir todo el camino.

Pero si se había puesto el traje y se había acostado en la cápsula de hipersueño, ¿por qué estaba ahora sumergida en un lago de agua helada, cayendo, cayendo hacia la oscuridad y añorando la caricia de la luz?

Soleyko necesitaba empezar de nuevo, reiniciar su mente. Intentó agarrarse a algo, cualquier cosa: uno de esos recuerdos que aguardaban en la cola mnemotécnica. Poco a poco se alzaba el telón, y los actores se ponían en su lugar para representar el drama. Se veía a sí misma en el escenario, sentada en una...

... silla de la cafetería de la estación espacial, la enorme y compleja Ciudad Micelio. Hablando con alguien. ¿Quién era? Ah, sí, su rostro salía de la penumbra, y no era un rostro propiamente dicho, sino algo más inquietante: el amasijo de vísceras en rotación de su amigo Rhen, el idor, un miembro de una raza ancestral que ejercía de tutora para los seres humanos en el brazo espiral. Soleyko se había acostumbrado a mirar a una parte concreta del cuerpo de aquellos seres, tomándola como su «cara», pero era una decisión arbitraria. Los idor no tenían rostro; sus órganos visuales eran columnas giratorias que brotaban de polos opuestos de su cuerpo para construir la visión del entorno como una estereoscopia, añadiendo rayas verticales a una imagen mental.

La joven ingeniera miró en la dirección de una de esas columnas.

—No sé, Rhen, creo que me está entrando el pánico del último minuto. Hasta ayer mismo, que vi a mi pareja, estaba convencida de querer hacer esto. Pero es que este hombre tiene una influencia muy perturbadora en mí. —Buscó café con la mirada—. Puede que perturbadora no sea la palabra exacta... «Desequilibrante» sería una posible candidata.

—¿Por qué, qué te dijo? —La voz del extraterrestre surgió de su vóder orgánico, situado en algún punto de su espalda. Su tono era bajo y ronco, pero tenía una extraña suavidad que le recordó a la de una cuchilla contra la carne, por la forma como la tentaba. Dejando una marca pero sin llegar a herirla.

—Más que lo que dijo, fue lo que hizo. Vino dispuesto a despedirse de mí haciéndome pasar una velada inolvidable, de esas que recuerdas toda la vida.

—Los humanos y vuestras extrañas costumbres gregarias...

—Los humanos y nuestras extrañas costumbres gregarias estamos bien, gracias, y muy contentos de tenerlas. Lo que me hizo dudar de mí misma y de si estaba tomando la decisión correcta al querer marcharme, fue la promesa de que habría muchas más veladas como aquella y cosas aún mejores si me quedaba a su lado. Fue una jugarreta, y una muy soterrada —admitió con tristeza—. El muy tramposo lo preparó para que la experiencia sonase a amenaza: si te vas, no volverás a tener esto. Nunca habrá nadie a tu lado que te quiera tanto como yo. Podrás tener amantes, pero jamás una pareja sincera. —Se limpió los labios con la servilleta para redondear su actuación.

—Es decir, que disfrazó una forma de agresión como un agasajo romántico. Los humanos tenéis expresiones para definir eso, ¿verdad?

—Chantaje emocional. Pero no le sirvió de nada. Creo.

—Prioridades, Soleyko. Vas a embarcar en el vuelo de la Galaxian como tenías previsto. Vendrás con nosotros a Sirio 5. Hallarás tu destino entre las estrellas.

La mujer agarró la copa de cristal por el pie y la hizo balancear un poco, con lo que la bebida osciló peligrosamente.

—Por supuesto que iré. Ya había tomado la decisión y la mantengo, aunque me sienta así de insegura... Será bueno para mi carrera. Y para mi cordura.

Los sacos de ganglios de su amigo disminuyeron su velocidad, lo que se traducía en un sentimiento de compasión en el «rostro» de Rhen. El cuerpo de un idor se basaba en el movimiento giratorio perpetuo: su torso era una masa oblonga de órganos en rotación, algunos más rápidos y otros más lentos, que se aprovechaban de esa velocidad para realizar las tareas de su metabolismo. Su ciclo de Krebs, su transmisión de impulsos nerviosos, incluso su digestión... todo dependía de incorporar la fuerza centrífuga a bolsas de carne que giraban al extremo de cuerdas musculares, como si fueran boleadoras llenas de venas. Incluso su sangre dependía de ese movimiento para limpiarse y eliminar residuos. No todo su cuerpo giraba, sin embargo, pues las tres patas y la columna vertebral que lo sostenían —por la que subían y bajaban las dinamos vivas que hacían posible tal movimiento— eran algo así como un eje fijo que hacía de columna para toda la estructura. El idor se remataba por encima por unos huesos que parecían una corona, de los que colgaban las únicas telas que aceptaban como ropa, y que los rodeaban como cortinas de ducha. El ropaje de un idor tenía su propio código de colores. El de Rhen proclamaba para quien supiera leerlo que se sentía orgulloso de ser el xenobiólogo de la tripulación.

«Ahora mismo —pensó su amiga—, estaría analizándola a ella con la misma curiosidad con la que los humanos observaban las especies alienígenas con las que se iban encontrando en sus viajes. Al fin y al cabo, eso eran los humanos para los idor: una divertida rareza de la ecología planetaria.»



—Pues si ya has tomado la decisión de partir, amiga mía, como decís vosotros, es mejor que dejes de preocuparte. Tu pasado forma parte de tu historia. Lo único que matiza tu presente es el futuro.

—Bonita frase. ¿Se la has robado a algún dramaturgo de tu raza? —sonrió con picardía.

—No. Sabes que no poseemos ninguna forma cultural parecida a lo que vosotros llamáis teatro, ni tampoco literatura.

—Es verdad, los idor sois incapaces de entender el concepto de alegoría, por lo que no obtenéis ningún placer en representar la realidad de manera ficticia.

—¿Qué ganaríamos con ello? La realidad es real, la imaginación solo son quimeras.

Soleyko, como buena humana, no estaba de acuerdo con eso. Una raza que no fuera capaz de establecer un pacto implícito entre soñadores y lectores jamás podría desarrollar ninguna clase de arte, ni visual, ni literario ni expresivo. Le asombraba que los idor hubiesen sido capaces de llegar tan lejos sin su equivalente cultural del arte, pero también era cierto que en su densa historia, que abarcaba centenares de miles de años, habían tenido menos de un tercio de las guerras que ya contaban los humanos. Eran seres más fríos y racionales, que se mataban muchísimo menos entre sí. Había una relación, estaba segura.

—Si pasas el tiempo suficiente al lado de mujeres como yo —le previno— puede que acabes desarrollando el gusto por la lírica. Y te convertirás en el primer dramaturgo de tu especie.

—No creo que eso sea posible, amiga Soleyko, pero gracias por el interés.

—¿Que no? —Alzó su copa a modo de brindis—. Me subestimás. Dame tiempo y verás. Dame tiempo...

... y verás. Una hermosa promesa, un desafío. Soleyko no le tenía miedo al arte en ninguna de sus formas, pero a veces creía entender la postura de Rhen. Enfrentarse a la realidad suponía un gran esfuerzo. Y ofrecía resultados desconcertantes. Como en este momento, en que estaba hundiéndose en el lago, cayendo, cayendo hacia la oscuridad y sin tener la menor idea de cómo había llegado allí. En momentos así tenía la molesta sensación de que había vuelto a la infancia, a un mundo lleno de intenciones misteriosas y secretos arcanos del que los adultos parecían ser cómplices, pero ella no. Un universo lleno de promesas en el que, si deseaba avanzar, tenía que pasarse la vida formulando preguntas.

La oscuridad del fondo la reclamaba, pero no pensaba dejarse arrastrar hasta ella. Pataleó hacia arriba, hacia la luz. Quería volver a estar con otras personas, con gente amable como Rhen o con su novio, Emil. Todos sentados en la cantina de la Galaxian, con sus esperanzas todavía sin empaquetar. Emil no le perdonaría que hubiese escogido el gran viaje antes que una vida en común con él. La relación corría el peligro de convertirse en una rémora si no la dejaba atrás. En la Tierra la esperaba un futuro brillante si luchaba por conseguirlo. Una mujer con su expediente académico lo tendría fácil para conseguir

trabajo en casi cualquier parte, pero no era eso lo que quería. Tenía sueños, esperanzas, aptitudes y actitudes. Y deseaba aprovecharlas al máximo antes de que fuera demasiado mayor como para apuntarse a viajes a otros mundos.

Cuando se lanzó la llamada para toda la gente que quisiera apuntarse al viaje a la lejana Sirio 5, una tenue luz que brillaba en la densidad de Tycho, fueron muchos los que se sometieron a las pruebas de admisión. Querían ver aquella estrella que estaba finalizando su fase de quemar hidrógeno y que dentro de poco comenzaría a devorar helio. Tenía uno o dos planetas en el centro de su biozona, aunque nadie estaba seguro de si habían empezado a generar sus propios microorganismos.

La Galaxian era un transporte de clase Embajador, una de las mayores naves que era capaz de fabricar el ser humano, de casi tres kilómetros de eslora y con un sistema de impulsión —regalo de los idor cuando aceptaron a la humanidad como especie pupila— no basado en expulsar materia o energía y en la contrarreacción que ello generaba, sino en cristalizar la radiación de fondo del universo para resbalar sobre ella como si fuera una pista de patinaje. Al menos, ese era el símil que los idor habían usado cuando explicaron la base de su tecnología. El sistema de salto cuántico de las naves en la cercanía de las estrellas también se basaba en el mismo principio sin masa de reacción, solo que aplicado de otra manera. Así, los ingenieros humanos habían dejado de concebir sus naves como cohetes que salían disparados haciendo

honor a las leyes de Newton para imaginárselos como enormes trineos con patines no para el hielo, sino para la radiación de Planck.

Soleyko acababa de cumplir los treinta cuando se apuntó a la lista para realizar las pruebas. Había elegido la especialidad de ingeniería, pues sus estudios universitarios iban por esos derroteros: se había doctorado en ingeniería proyectiva, una rama extremadamente difícil de la física que había nacido cuando la humanidad entró en contacto con los idor y otras razas de su *idioskosmosfera*. Básicamente se trataba de hacer ingeniería inversa con todos los cachivaches que los idor iban dejando caer en las irresponsables manos humanas, para averiguar los secretos de su funcionamiento. Pero dado que los idor no funcionaban con los mismos principios lógicos que los hombres, y que muchas partes de su física ni siquiera estaban basadas en preceptos newtonianos, era una gesta difícil, muy frustrante en ocasiones.

Pero Soleyko había heredado de sus padres una gran imaginación, combinada con un sano espíritu práctico, y eso la hacía muy buena en su trabajo. No había nadie como ella para mirar por primera vez un aparato completamente desconocido y tener al menos un destello, una intuición, de por dónde iban los tiros de su funcionamiento. Por eso pasó las pruebas. Y por eso le dijo adiós a Emil con un último beso y se embarcó en la nave, rumbo a lo desconocido.

¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Cuánto llevaba durmiendo? El periplo hasta la entrada al túnel que comuni-

caba con la densidad de Tycho requería diecisiete años de viaje sublumínico. En algún punto de ese intervalo, Soleyko estaba teniendo esta pesadilla con lagos fríos y profundidades insondables. Quería despertar, averiguar si esto era real o una jugarreta de su inconsciente. ¿Pero cómo? Alcanzar la luz, allá arriba, parecía ser la única opción razonable. ¿Qué hacía cualquier mamífero no acuático si se veía metido en esta situación? Pues intentar no caer en el pánico y nadar con fuerza en dirección contraria a la gravedad, claro. Así que eso fue lo que hizo: comenzó a dar brazadas y pataleos frenéticos. Y empezó a subir, pero más lentamente de lo que esperaba. De su garganta surgieron bocanadas de burbujas. Empezó a faltarle el aire, a tener miedo, a sentirse más pesada.

Otro recuerdo la asaltó, un placebo, elegido por el subconsciente para que su cerebro se calmase mientras buscaba una solución para aquel embrollo. Un recuerdo feliz en el que estaba...

... haciendo el amor con Emil en su apartamento. La última vez que lo hicieron antes de separarse para siempre. Él estaba tumbado boca arriba y ella sentada sobre su cintura, en lo que históricamente se llamaba la posición de Andrómaca, por la mujer de Héctor, príncipe de Troya. ¿Qué extrañas coincidencias tenían que haberse dado en la historia para que esa posición sexual tan básica fuera atribuida a esta señora? Eran los misterios de la mitología, más desconcertantes que el laberinto de Creta.

Soleyko se vio a sí misma moviéndose con extrema lentitud encima de su novio, experimentando los matices de la sensación, los instrumentales secretos del placer.

—Entonces, te marchas —susurró él, en sustitución del gemido final del orgasmo. Pudo escuchar el sonido del miedo en su voz. Miedo no, quizá... solo temor. Por el futuro.

—Sí —asintió ella, jadeando—. Tengo mis motivos y no estoy obligada a explicárselos a nadie.

—Ni siquiera a mí.

—No, cariño, ni siquiera a ti. Lo siento. —Dejó escapar un suspiro largo e irregular, dejándose caer en el revoltillo de sábanas. Notó cómo el pene salía deslizándose suavemente de su vagina.

—Yo también me presenté a las pruebas, pero no las superé. Ni siquiera tuvieron la cortesía de tentarme con una tutoría horizontal. Por lo visto, nadie necesita un restaurador de obras antiguas en el espacio. Es una profesión que se queda en la Tierra.

Ella sonrió.

—La necesitarán cuando las colonias exteriores sean lo suficientemente viejas. Son sistemas culturales cerrados, lo que implica que acabarán generando sus propios artistas y sus obras de arte. —Le acarició los genitales en un masaje reparador—. Por definición, cualquier obra de arte envejece. Ahí entras tú.

—Pero eso no sucederá hasta dentro de por lo menos cien años. ¿Y dónde estaremos nosotros, en ese entonces?

Soleyko hizo un rápido cálculo mental de la deuda temporal que adquiriría al viajar hibernada y a través de los

túneles cuánticos, y la comparó con la progresión temporal de la Tierra.

—Tú estarás muerto, con toda seguridad. Y yo seré una cuarentona trabajadora sin tiempo para andar pensando en una familia.

—Estremece pensar en esos términos, ¿verdad?

—Sí..., asociados a la un poco. —Se recostó sobre su hombro, pensativa. Dijo para tranquilizarlo—: Te echaré de menos, peluche, no creas que no. Sobre todo al principio. Pero me consolaré pensando en que habrás seguido con tu ciclo vital, mientras yo roncaba perdida en el cosmos, y habrás encontrado a otra mujer que te quiera y desee darte hijos. Me tranquilizaré imaginando que fuiste muy feliz, y dormiré en paz porque tuviste una vida larga y plena, y moriste en tu cama con una sonrisa en los labios. Tal vez pensando en mí. —Hizo una pausa—. Quizá una de tus hijas lleve mi nombre, y jamás le hayas contado a tu mujer por qué lo elegiste.

—Es una bonita historia. Pero no soy capaz de pensar en otra mujer que no seas tú.

—Señoría, solicito que no quede registrada esa última afirmación porque le hace parecer un anticuado y un simplón.

—Boba.

—Bobo tú.

Soleyko sintió una presión en la vejiga como de tener pis acumulado, pero la idea de abandonar la comodidad de las sábanas y de aquel hombre le pareció demasiado ridícula como para tenerla en cuenta. Unió saliva y coraje

y le detalló los pormenores de su decisión de abandonar la Tierra y dejar su antigua vida atrás, junto con todo lo que venía en el equipaje. Junto con él. Una vez dichas en voz alta, incluso a ella le parecieron razones coherentes.

Este tipo de conversaciones había que tenerlas en un lugar autorizado, no en la cama, entre sábanas revueltas. En un bar a media luz echando una carrera en la que ella fuera por lo menos doce copas por detrás, o cuatro por delante. Pero era él quien había sacado el tema, el que abrió la caja de Pandora. Así que tenía que aprovechar para soltarlo todo o jamás cerrarían ese capítulo.

Se levantó de la cama y, tras un rápido vaciado de vejiga, se asomó desnuda al balcón del apartamento. Un hilo de luna flotaba allá arriba, entre arrecifes nubosos. Los grandes cuerpos celestes se habían convertido en meras abstracciones matemáticas, islas que ir dejando atrás. Hitos en la noche.

Él lloró, por supuesto, y le suplicó que no se fuera. Pero Soleyko miraba a través de la ventana y sabía que no había nada allí que la retuviera. Hicieron el amor una segunda vez, pues se sentían con fuerzas, pero en esta ocasión los dos fingieron el orgasmo.

Nadó. Contra corriente, más y más arriba. Pero el aire seguía agotándose y empezaba a tragar agua. La sensación de hipoxia se hacía cada vez...

... más alarmante, como si se estuviera asfixiando de verdad. Como si aquello no fuera un sueño sino una realidad cruel y disfrazada.



De pronto, se le ocurrió una idea espantosa: había oído hablar de fenómenos psicológicos asociados a la rotura de las cunas de sueño, y a la asfixia de las personas que se quedaban atrapadas en ellas. Si la persona no despertaba inmediatamente, significaba que su cuerpo aún estaba demasiado frío y dependía de la respiración asistida para vivir. Pero si esa respiración se estropeaba y no había ningún médico cerca para echarle una mano, la mente podía llegar a imaginar complejos paisajes de hipoxia. Alegorías freudianas que ilustrasen el hambre de oxígeno del cerebro, la sequedad de sus neuronas. Como que se estaba hundiendo en un lago oscuro, por ejemplo. Que se estaba quedando sin aire.

Con un acceso de pánico, la ingeniera braceó con más fuerza, pero la distancia parecía incrementarse en lugar de ir a menos. Era como una de esas ilusiones ópticas del cine, cuando la cámara se acerca a un objeto pero el *zoom* de la lente retrocede al mismo tiempo. Las distancias parecían dilatarse, la gradación fina del universo cambiaba de escala. Abrió la boca para gritar, dejando escapar un montón de burbujas.

Dios, era eso, seguro: algo muy malo tenía que haber pasado con su unidad de criogenia. Con toda la Galaxian. A lo mejor había chocado con un asteroide, o la habían atacado naves piratas, o vete a saber qué otra horrible cadena de incidentes... y ahora estaba al borde de la destrucción, sus motores ardiendo en el vacío —un fenómeno imposible pero que ella había visto suceder—, con doscientas mil personas asfixiándose mientras soñaban con lagos helados.

Tenía que escapar, llegar hasta la luz, ¡despertar! Si esto es un sueño, quiero despertarme ya, suplicó a unos dioses en los que no creía. Pero allí no había nadie para echarle una mano, solo ella, cayendo lentamente hacia la oscuridad... cayendo hacia...

... la gravedad invertida. Era un efecto gracioso de los campos pregenerados de gravedad de los motores idor. Siempre había al menos un punto, en algún lugar recóndito de las naves estelares, donde el tirón gravitatorio estaba invertido. Los objetos subían hasta el techo en lugar de quedarse pegados al suelo. Los ingenieros lo justificaban diciendo que era un fallo inevitable en la matemática de aquellos campos, una asíntota de la gráfica, y que si se quería disponer de gravedad artificial dentro de las naves había que joderse y aguantarlo. Para la gente que viajaba en ellas, y sobre todo para los niños que se criaban dentro de naves en tránsito, aquel fallo de la tecnología era un parque de atracciones.

Soleyko recordaba haber jugado siendo niña con los puntos I —como eran conocidos a nivel popular; su nombre técnico era mucho más complejo—, y haberse reído como la que más. Pero que te tocara uno dentro de tu mismo camarote era mucha casualidad. Y a ella le había tocado. La Galaxian, vista desde fuera, parecía un abanico de rascacielos grandes y planos que rotaban anclados a un cilindro central, el «tronco», a un extremo del cual estaban los motores de impulso y al otro el puente de mando. Esos rascacielos, llenos de pequeñas ventanitas,

parecían las hojas de un archivador abierto por la mitad, y giraban lentamente no para generar gravedad, sino para disipar el sobrante electromagnético de los motores: los extremos de cada edificio eran largas franjas de paladio que al girar rozaban contra la burbuja electromagnética que creaban los motores y que podía ser dañina para los tripulantes. Ese rozamiento alteraba las líneas del campo, convirtiendo el exceso de energía en polaridad, y lo redirigía de vuelta al motor. A ese diseño primario se habían añadido módulos a medida que se necesitaban, con expansiones del motor, células de combustible, contenedores de carga, racimos de antenas... hasta que la identidad individual de la astronave comenzó a desaparecer en la emergente topología de aquella aglomeración.

El camarote de la joven ingeniera, que compartiría con otra mujer una vez hubiesen salido del hipersueño, estaba situado cerca de la franja de paladio. Cosas del destino, tenía el maldito punto I justo al lado de la taza del inodoro. Menudo engorro. Y lo peor era que no podía protestar, porque tampoco iban a hacerle ningún caso.

—Mira si es mala suerte, esto —le dijo a Rhen justo el día de la partida, mientras se preparaban para bajar al salón de gala para la fiesta de despedida—. Hay ciertas cosas relacionadas con la fisiología del ser humano para las cuales la gravedad invertida resulta un serio inconveniente. Empiezo a pensar que este viaje está gafado.

—Te quejas por todo —le reprochó el idor, que se había vestido a su manera para la ceremonia, cambiándose las telas que colgaban de su osamenta superior por

otras con estampados—. Te ha tocado un camarote bastante grande en comparación con otra gente, y todavía protestas.

—Un proverbio dice que el error de una persona lista vale lo mismo que los aciertos de mil tontas. Quien quiera que haya sido el responsable de asignar los habitáculos ha cometido un error. El problema es que me ha tocado a mí —rezongó mientras se limpiaba después de orinar y se subía las bragas—. Creo que hay más de diez mil camarotes en este trasto volador, y yo tengo que cargar con el único que tiene una asíntota gravimétrica en el váter. Dime si no es un mal augurio.

—Los idor no creemos en...

—En los augurios ni en la suerte, ya lo sé. Es otro rasgo psicológico de los seres humanos, eso de pensar que la estocástica universal está regida por unas leyes ocultas que a la postre pueden ser manipuladas. Vosotros sois demasiado perfectos para creer en esas tonterías.

—Algún día tendremos que hablar de las posturas estereotipadas que los seres humanos adoptáis al hablar con alguien que no sea de vuestra especie. No te das cuenta, pero también lo haces.

—Claro que me doy cuenta. Soy una de las poquísimas expertas que hay en mi rama de la ingeniería. No he conocido a nadie que nada más conocerme no adoptara una postura estereotipada.

Se detuvo una última vez ante el espejo para comprobar que todo estuviera en orden, y por enésima vez cambió de opinión con respecto al maquillaje. La combinación de

colores que había elegido no le parecía que quedara bien con los tonos azafranados del vestido, así que se tocó disimuladamente el pendiente, donde estaba oculto el sapiential que gobernaba la microtecnología que llevaba encima. Este hizo que el carmín de labios, la sombra de ojos y el puntito de maquillaje de las mejillas alterasen sus tonos. Los curvilíneos rasgos orientales de Soleyko se vistieron de sombras y perspicacias que encajaban un poquito mejor con la idea de «jardín en primavera» que sugería el vestido.

—No es que los idor no admitamos la estocástica — dijo el alienígena, que con sus tres metros de altura tenía que andar constantemente con su trío de patas dobladas para que la osamenta no rozara el techo, al menos mientras estuviera dentro de los camarotes. Los pasillos, por fortuna, eran más altos—. En lo que no creemos es en la existencia de rituales para alterar sus resultados. Una oración o una plegaria no van a hacer que las empresas que acometemos en el día a día salgan mejor.

—Eso también lo sabemos nosotros.

—Entonces, ¿por qué tenéis tantos rituales para conjurar la suerte? ¿A qué vienen esos sonidos aliterativos que profieren algunas de vuestras culturas, como el «Laa'illaha'illallahu» de los muecines?

Soleyko le dio una contestación de ingeniera:

—¿Sabes por qué estos edificios giran, Rhen?

—Para quemar el exceso de electromagnetismo y que no dañe la circuitería.

—Pues los seres humanos cantamos para quemar nuestro exceso de individualismo y egolatría. Nada mejor

para eso que creer en un ser superior a ti que te haga de placebo.

—¿Y funciona?

Ella le echó una ojeada al canal de noticias de su esfera de datos personal, la burbuja que la acompañaba como una esencia fantasmal a todas partes. En uno de los canales se veían varios edificios ardiendo en una guerra en —dónde si no— Oriente Medio, un conflicto motivado —cómo no— por causas religiosas.

—La verdad es que no. Nada de nada.

Bajaron al gran salón, que estaba atestado a pesar de sus dimensiones. La fiesta estaba en su apogeo, con la gente bailando y celebrando de mil maneras distintas la partida de la Galaxian. Los corpachones de al menos una decena de idor —la palabra que designaba a su especie no tenía variación de forma o, mejor dicho, no tenía forma singular, pues «idor» implicaba a más de un miembro de la misma especie reunido con otros para hacer algo— sobresalían del mar de cabecitas humanas, cada uno luciendo distintos colores en sus banderolas. La nave estaba en movimiento, y pronto irían llamando a los pasajeros y tripulantes por orden alfabético para irlos metiendo en sus cunas de sueño. Pero este momento era de celebración, de despedidas simbólicas de la antigua vida de todas aquellas personas para saludar la nueva y misteriosa que les quedaba por delante. Aunque había bastantes ojos llenos de lágrimas, el ambiente en general era positivo. Al fin y al cabo, nadie estaba allí obligado. Todos los viajeros se habían apuntado porque quisieron.

Soleyko pensó en Emil y en lo paradójico que resultaba el que prosiguiera con su vida a partir de ese momento, día tras día y mes tras mes, mientras la de ella entraba en un estado de pausa que duraría primero diecisiete años, luego uno entero de viaje y convivencia dentro de la nave, y otros cincuenta más de sueño para rematar la jugada. Cuando la nave alcanzara su destino, en la distante y pálida Sirio, habrían pasado casi setenta años en la Tierra. Emil, si seguía con vida, estaría cumpliendo la centena. Ya sabría si su vida había sido un éxito o un fracaso. No como Soleyko, que no habría hecho sino empezar la suya.

Cogió una copa de una bandeja flotante y la levantó en dirección a su amigo.

—Por las paradojas de la física. Y cómo el convivir con ellas ha conseguido que la existencia de las personas sea más complicada.

—Brindo por eso —dijo el idor. Cruzó sus palpos en un gesto que, en su cultura, era el equivalente al chinchín del brindis.

La Tierra se alejaba cada vez más en el ventanal, con sus conflictos, sus problemas, pero también sus cosas buenas y sus maravillas naturales. Maravillas que seguro que no estarían presentes en el planeta que iban a colonizar. Pero qué más daba, pensó con una sonrisa: la especie humana no era sino una pequeña población de sofontes en mitad de un universo increíblemente grande y poblado —ahora lo sabían— por especies que llevaban millones de años bregando contra la adversidad. Algunas eran

agresivas y otras no, pero si los humanos querían sobrevivir tenían que dar el salto a las estrellas, era un *sine qua non*. Y se necesitaba gente como Soleyko para dar ese salto. Gente que no le tuviera miedo al espacio ni a algo infinitamente más atemorizante: el futuro.

Así que apuró la copa, agarró los palpos de Rhen e intentó bailar con él una alegre tonada. Como normalmente intentar bailar con un paquidermo de tres metros resulta complicado, aquel baile la dejó...

... exhausta. Se estaba quedando sin aliento, cada vez le dolían más y más los pulmones, y para colmo seguía cayendo hacia la oscuridad. Gritó suplicando que se acabara de una vez aquella maldita pesadilla, pero no había nadie escuchando por fuera del hipersueño. O eso parecía. Las constantes vitales de su cuerpo tendrían que estar completamente disparatadas, y aparecer como la lectura de un sismógrafo en los monitores. Eso, en circunstancias normales, habría hecho que sonaran alarmas en el sapiencial que vigilaba la salud de los durmientes, lo cual llevaría a que un enfermero acudiera inmediatamente. Como eso estaba claro que no ocurría, Soleyko empezó a temerse de verdad que algo Muy Malo™, con mayúsculas, le había pasado a la Galaxian.

—¡Socorro! —exclamó, la garganta llenándosele de agua—. ¡Que alguien me ayude! ¡Auxilio!

Vio algo que le dio nuevas esperanzas: un cable, una especie de sedal sin anzuelo que alguien había lanzado al agua. Desesperada, viendo aquello como un gesto divino,



se agarró al cable y se dejó llevar cuando tiró de su cuerpo hacia la superficie. Cuando su cabeza rompió la línea del agua, sus ojos se abrieron y vio que la luz formaba volúmenes, conspirando contra las sombras. Figuras de personas que la estaban ayudando a salir de la cuna de hipersueño. Gente vestida de gris... o quizá era la luz saturada de blancos, que se pegaba a sus cuerpos como una segunda piel.

Le extrajeron el tubo traqueal que insuflaba aire directamente a sus pulmones, y vomitó. Los enfermeros estaban esperando esa reacción, porque alguien puso una bolsa delante de su boca para recoger el escaso líquido que pudiera devolver su estómago. Que los colores y la gradación de la luz volvieran a sus límites fue cuestión de minutos, tras los cuales Soleyko pudo ver que, en efecto, eran unos miembros de la tripulación los que la habían rescatado del lago..., perdón, de la ilusión de hipoxia, y ahora estaban a su lado.

—¿Q... qué coño ha pasado? —preguntó cuando recuperó el uso de las cuerdas vocales. No, no todo estaba bien, lo notaba: la enfermería estaba atestada de gente y, pegados al techo, había cendales de humo de incendios que el sistema de soporte vital se esforzaba por eliminar de aquel laberinto de habitaciones cerradas.

El enfermero, un hombre con cara de auténtica preocupación, consultó una terminal.

—¿Es usted Soleyko Adamu, ingeniera proyectiva de la sección nueve?

—¿Qué pasa, por qué me han despertado?

El hombre apretó los labios hasta que formaron una línea blanca.

—Hay algo que tiene que ver con urgencia, señora Adamu. Algo muy malo le ha pasado a esta nave.